

EL ECO DE CARTAGENA

Sábado 31 de Enero de 1880.

LA MARINA DE GUERRA.

ESTUDIOS HISTORICOS

IX

Hemos citado un hecho del capitán Oquendo, que por lo notable, y como tal registrado en estos estudios, bien merece nos ocupemos de sus detalles. Se trata de uno de los tipos más heroicos de nuestra Marina de guerra, y de un hecho que hubiera dado honor á un capitán consumado en el arte de vencer, cuando más á un bisono como D. Antonio Oquendo, que apenas contaba diez y ocho años cuando llevó á cabo su brillante victoria. Tal fué el batir con sus dos navios á un corsario y otros dos fuertes bajeles ingleses.

El primero que rompió sus fuegos fué el corsario, lanzando seguidamente su gente al abordaje sobre el navio de Oquendo, en el que logró meterle hasta cien hombres. Aquí cesó el fuego de la artillería, y empezó el combate al arma blanca, terrible, sangriento, como puede serlo en el limitado palenque que permite la cubierta de un bajel. Dos horas duró la lucha, al cabo de las cuales la victoria se declaró por el español. Ni un solo inglés de los que entraron en su navio quedó de aquella horrible matanza; y cuando el corsario trató de zafarse para darse á la huida, nuestros marinos se lanzaron sobre él, y en nuevo combate le rindieron y hacen prisionero, quedando así vencedor el que se dió á muestras de vencedor. La fama del suceso se habia adelantado al valiente guipuzcoano; así es que cuando este, despues de reparar sus averias en Costas, entró con sorpresa en Lisboa, el pueblo ya le esperaba, siendo objeto de la más entusiasta ovacion, y de los mayores agasajos de parte del comercio. El rey D. Felipe espresóle tambien su satisfaccion en una laudatoria carta.

El hecho, á más de lo que en si significa, fué de una gran trascendencia moral. El nombre de Oquendo se hizo resonar con su victoria en todas partes; y cuando, algun tiempo despues, una escuadra holandesa se dirigia á nuestras aguas con intento de incendiar cuantos bajeles encontrase en ellas, la sola noticia de que Oquendo salia á su encuentro, con parte de la de Vizcaya, fué lo bastante para que se ahuyentase el enemigo.

De esta manera, alternando las victorias con algunos que otros reveses, se llegó á la paz, primeramente con la Inglaterra, (1604) y cinco años despues con la Holanda; si bien esta última solo fué una tregua:

una suspension de hostilidades por doce años; todavia quedaba que luchar á la España hasta la pérdida definitiva de aquellos dominios.

Felipe III vivió con la esperanza de volverlos á su obediencia; pero sin duda el cielo quiso evitarle la amargura de este nuevo desengaño. El heredero de Felipe II bajó, al sepulcro, víctima del ceremonial eslavagante de su corte, cuando ya el plazo tocaba á su término. Sus últimos años, el hueco de descanso que le dejaron la política y la guerra, está señalado en la historia por un acontecimiento de la más alta trascendencia para España, y de efectos más deplorables que la misma guerra, por cuanto habian de refluir en su porvenir de una manera fatal para las artes, para la industria y para la agricultura. Tal fué la espulsion de los moriscos.

Nuestras guerreras naves fueron las encargadas de trasportar al Africa á los descendientes de nuestros carceleros de siete siglos. A noventa y cinco mil (1) se hacer subir el número de los expulsados; comarcas enteras quedaron desiertas, como sucedió á una gran parte de la Cataluña; estensos campos sin cultivo, como la vega valenciana y las riberas de Sierra morena; y lo que no podia por menos de suceder: aquellas turbas de famélicos errantes, sin patria y sin hogar, exhaustos de todo recurso, por habérseles obligado á dejar en España cuanto poseian, habian de volver sobre ella como enemigos (2) saqueadores de nuestras costas y comercio. La piratería pudo darse el parabien con este hecho, que tanto nos empujé hacia la Europa, y que hizo decir al Cardenal Richelieu, era el más atrevido y más bárbaro consejo de que hacia mención la historia de todos los siglos.

Dejemos á la piedad y á la conveniencia resolver si hubo ó no razon para ello; por nuestra parte solo diremos que en el orden político fué la más grande de las inconveniencias.

El arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera decia á Felipe III «Ningun precepto se recomienda con más frecuencia al pueblo elegido de Dios que el de arrojar de su seno las naciones infieles que se hallen en posesion de la tierra prometida; y el de Toledo queriendo ir más allá todavia, instábase á que la espulsion fuese general sin escepcion alguna; pero es lo cierto que el excesivo celo de esta piedad cegó sus inteligencias

(1) Solo del Reino de Valencia salieron ciento cuarenta y siete mil.

(2) Este mandato se llevó á tanto rigor que en Búrgos fueron ahorcados treinta y dos de aquellos desgraciados por haberse descubierto sacaban plata y alhajas.

hasta el punto de no ver que al privar al país de su población más laboriosa, disminuía sus rendimientos; que esos gérmenes de la actividad y del trabajo, así arrancados de nuestro suelo, semilleros de odio contra España, habian de germinar en daño nuestro allí donde quiera se implantasen; y que los pacíficos agricultores, convertiríanse en soldados de venganza.

Y así fué: dos años despues de haber salido de España los últimos moriscos, entraron los moros en Santa Maria, capital de las Terceras, la incendiaron y se llevaron á los habitantes cautivos; y en el siguiente, la isla de Porto-Santo sufrió la misma suerte. Por lo que mira á su apogeo sobre el mar, ya tendremos ocasion de verlo. Vengamos ahora á los sucesos que siguieron á la muerte de Felipe III.

Felipe IV, que le sucedió en el trono, segun un historiador, no era más capaz de reinar que su padre, y fué gobernado por el duque de Olivares, su favorito, como aquel lo habia sido por el de Lerma. El joven monarca recibió casi íntegra la herencia de su abuelo; todavia la gran nacion española daba sus leyes á Portugal, á la Cerdeña y á la Sicilia en Europa; en Africa, á Orán á Merz-el-Kibir al Peñon, á Melilla, á Tánger y á Ceuta; y á una porcion considerable de la América, con sus grandes imperios de Méjico y del Perú; el Milanesado lo guarnecian sus ejércitos; lo mismo que á Nápoles, con lo cual estendia su influencia sobre toda la Italia. Faltábale solo la Holanda que seguia dándose á aires de independiente bajo su gobernadora, la archiduquesa Isabel. Por eso le vemos dirigir los primeros golpes contra ella, apenas espionada la tregua.

Aquí empieza una nueva era de desdichas para la España. A la paz de los últimos años del anterior reinado, sucedió la de una guerra general encruzada contra ella. Tras de la comenzada con la Holanda, se rompió contra la Francia, por haberse aliado con los protestantes de Alemania, de los sucos y de los holandeses; rompimiento que arrastró tambien contra nosotros á la Inglaterra. Entonces fué cuando Felipe IV, hizo gravar en sus monedas estas palabras: *Todos contra nos, y nos contra todos*. Los espíritus belicosos estaban de enhorabuena; y acaso los antiguos generales de Felipe II, que se quejaban públicamente de la política pacífica de su hijo, fueron los que con sus exigencias precipitaran al joven monarca en el camino de nuevas aventuras, que tan profundamente se hicieron sentir aun entre nosotros mismos perdiendo para siempre á Portugal, y la Cataluña erigida en república que no pudo re-

cobrase hasta la paz de los Pirineos.

Así vimos luchar aun tiempo mismo á nuestra España, con un ardor digno de mejor suerte, en Italia, en Francia, en Alemania, en Holanda en Portugal, en América, en las Indias, y sobre todos los mares, sosteniendo en la tierra el buen nombre de los tercios de Castilla, en las aguas el prestigio de Roger de Lauria, Bocanegra, Niño, Bazan y don Juan de Austria.

Al tender la vista por el liquido elemento, vemos á un D. Juan Fajardo con sus veinte navios vencer á sesenta holandeses en Fuengirola, al intrépido D. Fadrique de Toledo con la armada del océano compuesta de sesenta bajeles, poner en fuga á la inglesa del grande almirante, que llamaron por su fausto, de Cleopatra, hasta encerrarla en Plymouth; al valeroso Pimentel batiendo con sesenta y un buques á setenta y cuatro ingleses en Orbitelo; á D. Pablo Fernandez de Contreras echando de las aguas de Cadiz á una escuadra tambien inglesa que se hallaba en acecho de nuestras flotas de Indias, consiguiendo entrarla en aquel puerto; á D. Garcia de Toledo con varias galeras, rindiendo en Ibiza á tres navios ingleses; á una division de cinco galeras, rompiendo por medio de otra armada inglesa que sitiaba á Cádiz, cañoneándola y haciéndole perder mucha gente; logrando entrar recursos á la plaza, otra escuadrilla apresando en Dunquerque cuatro bajeles, tambien ingleses, cargados de caudales y mercaderías; y despues, á los que trasportaban al grande almirante duque de Buckingham, al conde Palatino, y á ciento cincuenta millores y otros sujetos de distincion, y haciéndose además de grandes riquezas; y últimamente, á la misma escuadrilla batiendo á otra muy superior en fuerza, de ingleses y holandeses, en el canal echándole á pique tres bajeles.

Abrimos el presente capítulo con un hecho ruidoso de D. Antonio Oquendo, en el cual echó los cimientos á su celebridad, y vamos á cercarlo con otro del mismo personaje no menos digno de ser conocido.

Tal fué el combate que sostuvo en 1631 contra una poderosa escuadra holandesa de treinta y ocho navios que bloqueaba las costas del Brasil, bajo el mando del almirante Hampter. La de Oquendo solo constaba de diez y seis, escasamente dotados y llevaba en su conserva doce carabelas con tres mil hombres para Pernambuco. El holandés, que tuvo lugar de observar la debilidad de su enemigo, juzgó arrogante, que un número igual de sus navios seria bastante para dar cuenta de él. Aun así, los destinados para el efecto, eran muy superiores en sus portés